

## ESTILO Y RECURSOS ESTÉTICOS EN LA OBRA HISTORIOGRÁFICA DE AMIANO MARCELINO: LOS DISCURSOS<sup>1</sup>

M.<sup>a</sup> Luisa HARTO TRUJILLO  
*Universidad de Extremadura*

### Resumen

Amiano Marcelino es el último gran representante de la historiografía latina. Es un historiador que, en el siglo IV d.C., escribe una *Historia* con la que se aleja de los historiadores de su época e intenta recuperar las características y el estilo de grandes historiadores de la antigüedad como Tácito. En este artículo analizamos los factores que influyen en el estilo de Amiano Marcelino (biografía, época, género literario...) y la finalidad y tipología de los discursos que aparecen en su obra.

*Palabras clave:* Imperio romano, historiografía latina, Amiano Marcelino.

### Abstract

Ammianus Marcellinus is the last great representant of the Latin Historiography. He is an historian who, in s. IV A.D., criticises the historiography of his age and tries to write a *History* with the characteristics and the style of the great writers of the past like Tacitus. In this article, we study the factors that influence the style of Ammianus Marcellinus (his biography, age, literary genre...) and the object and tipology of the speeches that appear in his *Res Gestae*.

*Keywords:* Roman Empire, latin historiography, Ammianus Marcellinus.

## 1. INTRODUCCIÓN. FACTORES QUE INFLUYEN EN SU ESTILO

Amiano Marcelino es un historiador latino muy especial, porque es el *último gran representante de la historiografía latina*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Queremos y debemos agradecer al profesor J. C. Iglesias Zoido, profundo conocedor de la retórica y de las técnicas del discurso, sus correcciones y apreciaciones a propósito de este artículo.

<sup>2</sup> Así lo reconocen ALONSO NÚÑEZ, J. M.: *La visión historiográfica de Amiano Marcelino*, Valladolid, 1975, pp. 196-197; JOHNSTON, CH.: "Ammianus Marcellinus", *History Today*, 25, 5, 1975, p. 1; MARTÍNEZ PASTOR, M.: "Amiano Marcelino, escritor romano del s. IV. Perfil literario", *EECC*, XXXIV, 102, pp. 106 ss.; ROSTAGNI: *Storia della letteratura latina*, Turín, 1964, III, p. 513; SANTOS YANGUAS, N.: "Presagios, adivinación y magia en Amiano Marcelino", *Helmantica* 30, 1979, p. 5.

Es un historiador que, en el siglo IV d.C., escribe una historia de Roma en la que se relatan los sucesos comprendidos entre el nombramiento de Nerva (96 d.C.) y la muerte de Valente (378 d.C.). Eso sí, lamentablemente se han perdido los trece primeros libros de la obra y, en los restantes (XIV-XXXI), se recoge sólo la historia de Roma desde el año 353 hasta el 378.

Pues bien, si pretendemos analizar el estilo y los recursos estéticos de este autor, debemos tener en cuenta numerosos factores que influyen en ellos. A nuestro parecer, destacan:

- 1.1. La propia personalidad del autor.
- 1.2. La época que le tocó vivir.
- 1.3. Los condicionamientos estéticos de la literatura clásica en general y de la historiografía en particular.

### 1.1. PERSONALIDAD DEL AUTOR

En cuanto a su propia personalidad, Amiano Marcelino había nacido en torno al 330 en Antioquía, en la actual Siria, en el seno de una familia griega noble<sup>3</sup>.

El siguiente dato lo sitúa, ya en el 353 –curiosamente donde comienza la parte conservada de su obra–, en un cuerpo selecto del ejército, los *protectores domestici*, cumpliendo órdenes de Ursicino quien, en aquella época, estaba al frente del ejército romano en la zona oriental del imperio. Amiano será enviado a numerosas misiones, estando incluso a punto de perder la vida en alguna de ellas, como en el asedio de Amida (XIX, 1; XIX, 8, 2).

Tras la destitución de Ursicino en el 359-60 (XX, 2), Amiano deja de tener participación activa en la trama, hecho que ha sido interpretado por algunos autores en el sentido de que nuestro autor, desilusionado por el mal trato recibido por su amigo, abandonó temporalmente el ejército<sup>4</sup>.

Sin embargo en el 363, en la expedición persa de Juliano, el historiador vuelve a formar parte activa en la trama y, de hecho, es la fuente principal acerca de esta expedición, en la que, como sabemos, perderá la vida Juliano. Ante esta desgracia, Amiano abandona definitivamente la vida militar y se retira a Antioquía, donde pasará un largo período (363-378), dedicado posiblemente a la lectura, a la formación y ¿por qué no? a mejorar su latín, una lengua que, no lo olvidemos, no era su lengua materna, y habría tenido que aprenderla en la escuela y en el ejército.

Durante este período de descanso y formación, Amiano realizará también numerosos viajes, tal como se refleja en su obra, donde nos cuenta, por ejemplo, su visión de Egipto (XVII, 4, 6), o de Grecia (XXVI, 10, 19).

Ya en el 378 Amiano realiza un nuevo viaje, en este caso a Roma, donde escribirá su obra y donde residirá ya hasta su muerte, aunque tal vez, si nos dejamos llevar por sus críticas al comportamiento de los romanos (XIV, 6 y XXVIII, 4) y a la falta de hospitalidad que mostraban hacia los extranjeros (XIV, 6, 12-15) podemos pensar que Amiano fue uno de los extranjeros expulsados de Roma en el 383 durante un período de escasez.

Sea o no esto así, lo cierto es que Amiano regresaría pronto a la ciudad, donde vivió hasta su muerte (en torno al 400) protegido por el noble romano Símmaco, y donde escribió su obra, dándola a conocer en lecturas públicas en las que parece que cosechó un éxito notable.

<sup>3</sup> Él mismo se califica en su obra como *ingenuus* (XIX, 8, 6; XXXI, 16, 9).

<sup>4</sup> Cfr. SABBAGH, G.: *La méthode d'Ammien Marcellin: recherches sur la construction du discours historique dans les Res gestae*, París, 1978, pp. 123-124.

Así pues, en cuanto a su personalidad, Amiano se define a sí mismo como *miles quondam et graecus* (XXXI, 16, 9), es decir, ha sido militar y es griego. Esto debe reflejarse claramente en su obra, ya que el aspecto militar será un tema fundamental a lo largo de sus páginas<sup>5</sup>, si bien hay que reconocer que lo militar aparece adornado siempre con anécdotas y con pinceladas retóricas, épicas y dramáticas, tal como observamos en el relato del asedio de Amida, o en el de la batalla de Adrianópolis en el último libro.

Ahora bien, Amiano dice que ha sido militar *quondam*, o sea, en el pasado y que se ha retirado ya de esa vida activa, lo cual le concede cierto distanciamiento y objetividad, ya que puede hablar “desde fuera”. A esa misma sensación de objetividad contribuye el hecho de que sea griego ya que, como tal, Amiano habla también “desde fuera”<sup>6</sup> y desde una posición elevada culturalmente.

En definitiva, Amiano es una persona que ha vivido una vida rica e intensa. Una persona que ha sabido aprender en los libros la lengua, la cultura y los recursos de la literatura latina; pero una persona que ha viajado mucho, que sido militar, que ha vivido en muchos lugares y que sabe plasmar como nadie en sus digresiones lo que vio y escuchó contar a los demás<sup>7</sup>. Todos estos factores, como veremos, influyen en el contenido y en el estilo de su *Historia*.

## 1.2. LA ÉPOCA

Un segundo elemento a tener en cuenta a la hora de analizar ese estilo es la época que le tocó vivir.

Amiano escribe su obra en el siglo IV d.C., el siglo en que se vislumbra ya el final de esa Roma imperial y “eterna” a la que tanto se había cantado en la literatura latina.

Amiano es consciente de la problemática política, social y religiosa que le rodea, temas que aparecen por doquier en su obra, ya que nuestro historiador formaría parte de un reducido círculo de romanos que, apiñados en torno a Juliano, intentaban concienciar a los demás de los males de su época y miraban con nostalgia al pasado, intentando recuperar la literatura, la religión y las costumbres que habían hecho famosa a Roma.

<sup>5</sup> Es idea generalmente defendida que la historiografía clásica se centra en narrar acontecimientos políticos, militares o institucionales, dejando a un lado el mundo económico y social. No olvidemos, por ejemplo, entre los griegos, a Heródoto, Jenofonte o Polibio para quien era esencial que el historiador tuviera cierta experiencia en el campo militar (12, 25) y, entre los latinos, a Salustio o a Julio César. En el caso concreto de Amiano Marcelino, para J. M. ALONSO (*op. cit.*, p. 89) nuestro historiador ve el suceder histórico desde un punto de vista preponderantemente militar, y aduce como prueba las continuas referencias en las *Res gestae* a instituciones y a cargos militares, su conocimiento del instrumental y del arte militar, etc. Así lo piensa también BLOCKLEY, R.C.: “Tacitean influence upon Ammianus Marcellinus”, *Latomus* XXXII, 1, 1973, p. 74. Sin embargo, R. MARTIN y J. GAILLARD plantean que, si bien Amiano relata muchas batallas, no sigue las indicaciones de Polibio (determinar acerca de una batalla el cuándo, el dónde, con qué efectivos o con qué táctica). Por el contrario, Amiano no indica jamás con precisión ni la fecha exacta de un combate, ni su localización geográfica; y que si bien, al comienzo, indica la táctica a seguir, no lo hace ya en el transcurso, centrándose en detalles puntuales y anecdóticos. Parecería entonces que ha querido evitar un excesivo tecnicismo (*Les genres littéraires à Rome*, París, 1981, p. 142). Y es que, como plantea D. Woods, Amiano es nuestra fuente principal para conocer el ejército romano del Alto Imperio, pero él no pretendía explicar a sus lectores las instituciones o la organización militar (“Ammianus and some tribuni scholarum palatinarum”, *The Classical Quarterly* 47, 1997, p. 269). Por eso, a veces la retórica y el tono dramático dominan sobre la técnica o el relato estrictamente militar.

<sup>6</sup> Para J. SABBAAH, la autodescripción de Amiano como *miles quondam et graecus* le permite presentarse como *de ningún grupo, ni de ninguna patria, ni país* (*op. cit.*, p. 535-36).

<sup>7</sup> Él mismo afirma en el prólogo del libro XV: *En lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los protagonistas*. Amiano Marcelino, *Historia* (trad. de M.<sup>a</sup> L. Harto), ed. Akal, Madrid, 2002, p. 157.

Esa preocupación explica las digresiones en las que Amiano critica el comportamiento de los romanos (XIV, 6 y XXVIII, 4), cebándose en su falta de cultura, sus derroches y vicios, su hipocresía y falta de hospitalidad, la ociosidad de la plebe...

Desde el punto de vista religioso, sabemos que el cristianismo había ido fortaleciéndose desde los comienzos del imperio y que estaba ya a punto de convertirse en la religión oficial.

Así pues, si Amiano era consecuente con esa mirada nostálgica al pasado que hemos comentado al analizar la situación socio-política que le rodeaba, en el aspecto religioso deberíamos encontrar también un intento de recuperación del politeísmo y de la religión tradicional romana.

Pues bien, también en este punto encontramos una actitud moderada, racional y moralista. Amiano critica todo aquello que no le gusta y así, criticará tanto las luchas por el papado (XXII, 11, 3 ss.) como la actitud intolerante de Juliano (XXII, 10, 7 y XXV, 4, 10). Su actitud estaría, pues, marcada por la tolerancia, ya sea esto debido a que él pensaba que la religión era un tema de moral personal más que una cuestión de estado, o a que, en realidad, tenía miedo del poder que estaba alcanzando el cristianismo<sup>8</sup>.

En definitiva, en las *Res gestae* se refleja también la época que le tocó vivir a Amiano, y así, en su obra, encontramos la preocupación de un historiador consciente de los conflictos políticos, sociales y religiosos que le rodeaban, un historiador que observa con mirada crítica y que, por ello, intenta recordar la grandeza del pasado y las virtudes que habían engrandecido a Roma: la cultura, la *gravitas*, la *pietas* y, simplemente, el orgullo de ser romano.

### 1.3. EL GÉNERO LITERARIO Y SUS CONDICIONAMIENTOS ESTÉTICOS

En cuanto a los condicionamientos puramente literarios, Amiano tiene una finalidad científica y moralista, ya que intenta divulgar lo que ha aprendido en sus lecturas y viajes, y lo que cree que debe hacerse. De hecho, su obra se insertaría en esa línea pragmática y moralizante que había dominado la obra de Catón, Salustio, Tito Livio o Tácito. Ahora bien, es consciente de que la historiografía, en Roma, era un género literario y que, como tal, debe ajustarse a unas normas retóricas y estéticas.

Pero, si el ambiente que le había tocado vivir no era ya el de la Roma clásica, tampoco la literatura y la historiografía que rodeaban a Amiano eran como la representada por Salustio o Julio César.

Por ello, si en cuanto a su visión política, social y religiosa hemos comprobado que Amiano intenta contar lo que pasaba para recuperar la grandeza del pasado, consecuentemente, también como literato reflejará los vicios de su época e intentará recuperar la sencillez y la grandeza de la historiografía clásica.

Así es. Amiano critica la incultura de su época:

*Ciertamente entre ellos hay algunos que ni siquiera recuerdan si han tenido un libro de leyes. Y si, por casualidad, en un círculo de eruditos se menciona el nombre de un autor reconocido de la antigüedad, creen que es el nombre de un pescado o de una comida extranjera<sup>9</sup>.*

<sup>8</sup> Acerca de las creencias religiosas de Amiano, *vid.* SANTOS YANGUAS, N.: "Amiano Marcelino, Teodosio y el cristianismo", *Hist. Ant.* XX, 1996, pp. 433-446; CAMUS, P.: *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du iv<sup>e</sup> siècle*, París, 1967; THOMPSON, E. A.: *The historical work of Ammianus Marcellinus*, Cambridge 1947 (Groningen 1967), especialmente pp. 113-117.

<sup>9</sup> *Historia* (XXX, 4, 16-17), p. 821 de nuestra edición. Otro pasaje interesante en este sentido es XXVIII, 4, 14.

Y critica también algunos aspectos de la historiografía que le rodeaba. Pero, ¿cómo era esa historiografía? En ella dominaban subgéneros como la biografía, los epítomes y breviarios. No en vano es el siglo en el que se componen las biografías de la *Historia Augusta*, el *Breviario* de Eutropio...

Estos subgéneros se habían ido imponiendo a partir del siglo I, con Tácito que comenzó a centrarse ya en las intrigas de la corte, con Suetonio y sus biografías, o con Floro y su epítome. En realidad, este cambio de géneros refleja también el cambio que iba experimentándose en Roma, ya que, políticamente, el poder había recaído en manos del emperador y del estrecho círculo que le rodeaba, por lo que era lógico que el historiador relatará los hechos protagonizados por estos personajes. Además, desde el punto de vista social, este tipo de régimen empujaba al historiador al retrato, al elogio y al panegírico y, desde el punto de vista puramente literario, en la literatura imperial, domina el relato anecdótico, lo novelesco, la erudición, el retoricismo. Hay que entretener a un público que, en su mayoría, es inculto, que desconoce el pasado, teme y se siente muy lejos de los poderosos del presente, y no se preocupa mucho del futuro.

## 2. RECURSOS ESTÉTICOS Y ESTILO DE AMIANO MARCELINO

Por eso, al considerar cómo era la historiografía de su época, Amiano critica la falta de veracidad, de moderación y de preocupación por las fuentes:

*Mientras que nosotros cautos o, para decirlo mejor, temerosos, no vamos a exponer nada que no venga avalado por testimonios veraces y ciertos*<sup>10</sup>.

Critica que el historiador relate minucias y anécdotas:

*Y es que la historiografía suele narrar hechos esenciales y no escudriñar minucias y acciones insignificantes, que si alguien quisiera conocer es como si pretendiera que se pueden contar esos pequeños corpúsculos que flotan en el vacío que, entre los griegos, reciben el nombre de átomos*<sup>11</sup>.

Y critica también la brevedad excesiva:

*Sin temer en absoluto las posibles críticas contra una obra que pueda parecer larga. Y es que la brevedad tan sólo debe ser objeto de alabanza cuando, eliminando una extensión inapropiada, no resta nada al conocimiento de los hechos*<sup>12</sup>.

Frente a esto se levantarían sus *Res gestae* y su preocupación de veracidad y objetividad<sup>13</sup>, ya que relata lo que ha visto y oído, a pesar de que reconoce que, en ocasiones, se ha visto obligado a mantener silencio<sup>14</sup>. Frente a la historiografía de su época se levanta también su preocupación por Roma y su destino, con una finalidad claramente pragmática y moralizante,

<sup>10</sup> *Historia* (XVIII, 6, 23), p. 319.

<sup>11</sup> *Historia* (XXVI, 1, 1), p. 627.

<sup>12</sup> *Historia* (XV, 1, 1), p. 157.

<sup>13</sup> Como él mismo dice en XV, 1, 1: *En lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los protagonistas*. P. 157.

<sup>14</sup> *Así pues, quien considere mis palabras, que se imagine también lo que omito, y que me perdone, si es prudente, porque no haya especificado, incluso exagerándolos más aún, todos los crímenes que cometió por su maldad, refiriéndose a Valentiniano* (XXIX, 3, 1), p. 777.

en la línea del *Historia magistra vitae* de Cicerón. Por eso es Amiano el último gran representante de la historiografía latina, porque en sus páginas entrevemos de nuevo las preocupaciones y los recursos de Salustio, de César, o de Tácito<sup>15</sup>.

Ahora bien, Amiano no podía ser totalmente ajeno a las características y al estilo de la literatura de su época. De ahí que, en su obra, encontremos también elementos propios de esa literatura imperial, como bosquejos de biografías de los distintos emperadores y césares que intervienen, encomios como el del eunuco Euterio<sup>16</sup> o el de Juliano (XXV, 4)<sup>17</sup>, así como digresiones eruditas en las que Amiano intenta reflejar sus conocimientos sobre los más diversos temas y entretener al público que, no lo olvidemos, seguía su obra en lecturas públicas.

Una vez analizados todos los elementos que, a nuestro juicio, influyen en el estilo de Amiano Marcelino, es decir, en primer lugar, su personalidad como griego, soldado, hombre culto y de acción; en segundo lugar, el ambiente socio-político y religioso que le rodeaba; y, en tercer lugar, su afán por recuperar la historiografía clásica y por alejarse de los breviaros y epítomes de moda, aunque no pudiera evitar que, en sus páginas, se reflejara también el gusto de su época, veamos cómo es ese estilo de su *Historia*.

Desde luego, en la historiografía clásica, ya nos hallemos ante autores como Tucídides, Salustio o Tácito, más preocupados por hallar las causas reales de los hechos y por obtener una enseñanza moral, o ya nos hallemos ante autores como Heródoto o Suetonio, más curiosos y ricos en colorido, anécdotas, descripciones y detalles, lo cierto es que el historiador es consciente de que debe atenerse a unas limitaciones en cuanto al contenido y en cuanto a la forma.

Por ejemplo, en cuanto al contenido, en la historiografía en Roma, siguiendo la pauta establecida por Cicerón y por los historiadores latinos, hay que narrar *consilia*, *acta* y *eventus*; ofrecer información sobre el lugar y el momento en el que sucedieron los hechos; centrarse en la historia de Roma; obtener una enseñanza a partir de lo ocurrido; y, por supuesto, escribir con la mayor veracidad y objetividad posibles –*sine ira et studio* como dirá Tácito, *Ann.* 1, 1<sup>18</sup>.

Pero no todo era el contenido. También había que tener en cuenta la forma, ya que, como había apuntado Cicerón acerca de la historia: *opus hoc unum oratorium maxime*<sup>19</sup>. Por eso, podemos establecer diferencias en los historiadores a partir de su estilo o de sus características propias.

En el caso concreto de Amiano Marcelino, su obra nunca ha pasado desapercibida para el que la leía y ha suscitado los mejores elogios y las peores críticas, unas críticas centradas sobre todo en el estilo. Por ejemplo, mientras que para S. Mazzarino las *Res Gestae* fue el libro más insigne y meditado que produjo el Bajo Imperio<sup>20</sup>, otros autores como Grant, piensan

<sup>15</sup> No en vano, Amiano comienza su obra donde la había dejado Tácito.

<sup>16</sup> *La narración me invita a añadir algunos datos acerca de Euterio, datos no creíbles quizá, porque si Numa Pompilio o Sócrates hubieran elogiado a un eunuco, y hubieran sellado sus palabras con la solemnidad de un juramento, se les habría acusado de falsear la verdad. Pero si entre las zarzas nacen rosas, también, entre las fieras, algunas se amansan...* (XVI, 7, 4), p. 214.

<sup>17</sup> De hecho, se ha criticado a Amiano porque, en los libros XXIV y XXV, se centra demasiado en Juliano, convirtiendo su historia más bien en una biografía. Sin embargo, significativamente, en el libro XXXI el protagonismo es para los godos (los triunfadores), mientras que pierde mucha importancia la figura imperial. *Cfr.* R. C. BLOCKLEY, *op. cit.*, pp. 32-33.

<sup>18</sup> Lamentablemente no tenemos tratados teóricos latinos sobre este género literario, de manera que estas “características” de la historiografía latina en cuanto a su contenido, hay que rastrearlas en pinceladas de Cicerón en obras como *De oratore*, *Orator* o *De legibus*, o bien en la práctica y en los proemios de historiadores más reflexivos como Salustio o Tácito. Una visión general sobre las características de la historiografía en Roma y sobre la visión que de ella tenía Cicerón podemos encontrarla en ANDRÉ, J. M. y HUS, A.: *La historia en Roma*, Madrid, 1983, especialmente pp. 1-30.

<sup>19</sup> *De legibus II*, 62. Es decir, es un género en el que tiene importancia fundamental el arte de la palabra.

<sup>20</sup> *El fin del mundo antiguo*, México, 1961, p. 46.

que su estilo es demasiado exuberante e hiperbólico como para ser realmente atractivo, o que Amiano Marcelino era realmente una combinación de historiador y rétor<sup>21</sup>. Ahora bien, como indica M. Martínez Pastor, las críticas contra el estilo, la sintaxis, el ritmo o el tono de las *Res Gestae* se han mantenido hasta el siglo xx y se deberían, sobre todo, a que se le analizaba como historiador y no como literato<sup>22</sup>.

Personalmente, creemos que Amiano Marcelino tiene un estilo peculiar, algo lógico si tenemos en cuenta que su lengua natal es la griega, que ha conocido ese latín cotidiano que se hablaba en el ejército, pero que ha leído también con detenimiento y que intenta imitar a los autores clásicos, especialmente a Tácito<sup>23</sup>. Pero, por otra parte, vive en un siglo en el que la elocuencia se ha convertido, no en un medio, sino en un fin de la literatura, ya que el público disfruta con obras ricas y coloristas, mientras que una minoría culta intenta recuperar la “seriedad” del estilo clásico. Todo ello es perceptible en la *Historia* de Amiano, y lo cierto es que, si escuchamos sus palabras como hacían sus contemporáneos, o si leemos sus páginas como hacemos nosotros, nos sentimos espectadores de un drama histórico o de una epopeya en la que aparecen personajes heroicos, cómicos, dramáticos, malvados...<sup>24</sup> De hecho, son muchas las ocasiones en las que Amiano hace referencia a tópicos de la escena como subir o bajar el telón:

*Ante ello Doro desapareció y Verísimo permaneció ya en silencio, como si se hubiese bajado el telón de un teatro*<sup>25</sup>.

*Y como si se tratara de un espectáculo teatral en el que, al levantarse el telón, aparecen infinidad de escenas admirables, podía contemplarse, ya sin temor, cómo algunos que no sabían nadar se aferraban a los nadadores expertos; o cómo otros flotaban como maderos cuando eran abandonados por los más expeditos; o bien cómo eran devorados otros...*<sup>26</sup>.

Aparecen retratos en los que el autor intenta individualizar su crítica moral. Estos retratos cobran mayor extensión en el caso de los emperadores, ya que, cada vez que Amiano narra la muerte de un emperador, detiene la narración y nos describe la personalidad del fallecido, comenzando normalmente con sus defectos y siguiendo con sus cualidades y con sus rasgos físicos<sup>27</sup>. Pero son sin duda más expresivos los que, en una o dos líneas, con una simple pincelada, desnudan ante nosotros, con aguda crítica, a un personaje<sup>28</sup>, como por ejemplo: *Dinamio*,

<sup>21</sup> GRANT, M.: *Greek et Roman historians*, Londres, 1995, pp. 24 y 33.

<sup>22</sup> MARTÍNEZ PASTOR, M., art. cit., pp. 91-92. R. BLOCKLEY tiene también un artículo muy interesante acerca de la distinta valoración de Amiano y de su obra a lo largo del tiempo: “Ammianus Marcellinus and his classical background –changing perspectives”, *International Journal of the Classical Tradition*, 2, 4, 1996, pp. 455-66.

<sup>23</sup> Otro autor clásico al que ha leído concienzudamente y a quien cita con frecuencia es a Cicerón, a quien considera *excellentissimus omnium* (XXX, 4, 7) y en quien se basa, por ejemplo, para describir las virtudes morales de Juliano (Cic. *de off.* I, 5, 15). Cfr. P. CAMÚS, *op. cit.*, París, 1967, pp. 62-63.

<sup>24</sup> Siempre se ha citado en este sentido la descripción de la llegada triunfal de Constancio a Roma (XVI, 10), una llegada a la que asistimos y en la que nos sentimos realmente como espectadores que vamos contemplando los gestos y actitudes del emperador, de la gente que lo recibía, de su séquito, los monumentos por los que iba pasando... Y, sin embargo, como indica Matthews, no es seguro siquiera que Amiano estuviera allí. MATTHEWS, J.: *The Roman empire of Ammianus*, 1968, p. 11.

<sup>25</sup> *Historia* XVI, 6, 3, p. 213.

<sup>26</sup> *Historia* XVI, 12, 57, p. 246. R. C. Blockley ha contabilizado más de cincuenta escenas teatrales en las *Res Gestae* y todas con carácter negativo (*Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruselas, 1975, pp. 24-25).

<sup>27</sup> En concreto, Amiano describe física y moralmente a Galo (XIV, 11, 27-29), Constancio (XXI, 16, 1-19), Juliano (XXV, 4, 22), Valentiniano (XXX, 8-9) y a Valente (XXXI, 14, 7). Es significativo el breve retrato que ofrece de Joviano (XXV, 10, 14-15), brevedad que contrasta con el tratamiento más extenso dedicado a Constancio y a Juliano. Cfr. CARRASCO, G.: “El retrato amiano del emperador Joviano”, *Fortunatae*, 1995, pp. 177-178.

<sup>28</sup> Esta capacidad suya, en opinión de Martínez Pastor, le asemeja a Séneca, a Lucano, e incluso a El Greco. Además, este tipo de retrato breve e irónico puede reflejar tanto a un simple individuo como a una colectividad, ya sea la plebe, los bárbaros, los eunucos, etc. Cfr. MARTÍNEZ PASTOR, M., art. cit., p. 98.

*siempre activo y sin reposo, astuto y diestro en el arte del engaño (XV, 5, 3); Doriforiano, audaz hasta la locura (XXVIII, 1, 53); Terencio, un general que solía caminar siempre cabizbajo y entristecido, pero que, mientras vivió, fue un tenaz instigador de disputas (XXX, 1, 2); o Lupicino militar de pro y experto en el arte de la guerra, pero que levantaba sus cejas como cuernos<sup>29</sup> y parecía actuar con el trágico coturno, como suele decirse, y acerca del cual no sabemos si era más avaro o cruel (XX, 1, 2).*

Aparecen digresiones más o menos cultas o de crítica social en las que Amiano ridiculiza el comportamiento de los abogados (XXX, 4, 4-22), o de los romanos (XIV, 6; XXVIII, 4), con apuntes y comparaciones satíricas como los siguientes:

*Algunos de estos creyendo que, mediante estatuas, pueden legar su nombre a la eternidad, se aferran a ellas afanosamente... E incluso se esfuerzan por recubrirlas con oro... Otros en cambio que consideran como el mayor honor ... el cuidado pretencioso de sus ropas, sudan bajo el peso de sus capas ... Y además arrastran tras de sí a un batallón de sirvientes que parecen bandas de maleantes ... Y al igual que los generales expertos en los combates colocan en primer lugar a tropas apiñadas y valerosas, luego a los soldados de armadura ligera... así también los que están al frente de la ciudad ...llevan delante de su vehículo a todo un taller de tejedores, a éstos les siguen los esclavos de cocina... (XIV, 6).*

Pero también nos habla de sus impresiones y conocimientos sobre las máquinas de guerra, enfermedades, pueblos bárbaros, regiones que ha conocido en sus viajes, etc., de manera que su obra es una auténtica enciclopedia que entretenía y enseñaba a los romanos sobre los temas más diversos<sup>30</sup>.

Seguramente, el público que escuchaba las lecturas de la obra disfrutaba con pasajes como este:

*Ni siquiera todo un grupo de extranjeros podría detener a uno de estos galos cuando lucha si se le une su mujer, mucho más fuerte que ellos, de ojos verdes. Y sobre todo cuando una gala, con el cuello hinchado, apretando los dientes y blandiendo sus enormes y niveos brazos, comienza a repartir patadas y puños a la vez, como si fueran proyectiles (XV, 12, 1).*

O, por ejemplo, si nos fijamos en otro tema “popular” como la medicina<sup>31</sup>, Amiano informa al público sobre utilización de aguas termales (XIV, 8, 12), sobre amputaciones (XVII, 5, 7), plantas medicinales (XXII, 8, 28), frugalidad como método para mantener la salud (XXI, 16, 5-7), enfermedades contagiosas y la peste (XIX, 4, 2; XIX, 6, 23-24), ensalmos y magia curativa (XVI, 8, 2; XXIX, 2, 26-27), incompetencia de los médicos (XIV, 6, 23; XXI, 15, 2; XXV, 3, 7; XXX, 1, 13-14), predicción del sexo de un bebé (XXIX, 2, 5), tratamiento capilar (XXX, 5, 1), etcétera.

Otras veces, sus conocimientos de la antigüedad y su técnica retórica le llevan a hablarlos de Adrastea o Némesis, diosa de la fortuna:

*Ésta, como reina de los juicios, árbitro y juez de lo que acontece, dirige la urna de las fortunas, de manera que, alternando el cariz de los acontecimientos y dirigiendo a veces los propósitos de nuestra voluntad a un final distinto de aquel al que se dirigen, revuelve múlti-*

<sup>29</sup> Es decir, tenía mal carácter.

<sup>30</sup> Personalmente, pensamos que, aunque se han criticado las digresiones de Amiano por ser excesivamente largas, por detener la narración, por contener información técnica en exceso, o por no estar bien engarzadas literariamente con el resto del relato, lo cierto es que estas digresiones encajan perfectamente con el estilo de las *Res gestae* y con sus pretensiones: enseñar y entretener al público que escuchaba las lecturas públicas de la obra.

<sup>31</sup> Cfr. GUZMÁN ARMARIO, F. J.: “El mundo de la medicina antigua en Amiano Marcelino”, *Athenaeum* LXXXIX, 2001, I, pp. 223-229.



*ples situaciones. Y es ella también la que, por los lazos inquebrantables del destino, conduce a la nada el orgullo vanidoso de los mortales y, alternando los momentos de fortuna y de infortunio como ella sabe hacer, ya oprime y hace humillar a los orgullosos sus cabezas erguidas, ya saca a los buenos del abismo guiándoles a una vida mejor* (XIV, 11, 26).

Pasaje, como vemos, poco “histórico” pero pleno de retórica y simbolismo.

Y es que Amiano pretende contar la historia de Roma, recuperar la cultura y la rica tradición del pasado, pero también entretener a un público que ya casi no comprendía ni el griego ni el latín clásico. Por eso generalmente se excede en las digresiones, como él mismo reconoce<sup>32</sup>. De ahí también su preocupación etimológica, anticipándose a autores como Isidoro de Sevilla, ya que Amiano explica por ejemplo el término “anfíbio” (XII, 15, 14), “Ponto Euxino” (XXII, 8, 33), “Adiabena” (XXIII, 6, 20), etcétera.

Aparecen pasajes melodramáticos en los que el lenguaje se hace más elevado y complejo, sobre todo en momentos clave como el desastre de Nisibis y la muerte de Juliano (XXV) o la derrota de Adrianópolis (XXXI). Además, estos momentos clave están precedidos siempre por la aparición de divinidades (La Fama en Nisibis; la Fortuna, Belona y las Furias en Adrianópolis), portentos y presagios funestos que elevan el tono dramático<sup>33</sup>.

Aparecen tópicos, series de ejemplos en las que podemos percibir la influencia del retoricismo y de la literatura postclásica<sup>34</sup>, comparaciones y metáforas, relacionadas sobre todo con animales, que dan mayor fuerza y viveza al relato<sup>35</sup>. Otros recursos destacables son sus amplificaciones, descripciones de carácter romántico, como la de los Alpes, invocaciones, apóstrofes, patetismo en la narración de las batallas, etcétera.

En cuanto al léxico, encontramos también una selección original, ya que aparecen arcaísmos, neologismos y, especialmente, una gran cantidad de sustantivos abstractos<sup>36</sup>. Abundan también los términos griegos, así como un ritmo acentual y estructuras propias igualmente del griego (con gran cantidad de participios), construcciones propias del latín coloquial (*quod* + indicativo en lugar de oración de infinitivo; comparativos por adjetivos en grado positivo, usos improprios en los tiempos o en los modos del verbo, hiperbaton), etcétera.

<sup>32</sup> Por ejemplo, al terminar la digresión en la que describe Tracia, apunta Amiano: *Ya nos hemos excedido más de lo que esperábamos, de manera que volvamos a la narración* (XXII, 8, 48); y si en el libro XXIII promete que va a tratar *en una rápida digresión* las provincias persas, lo cierto es que esta digresión es la más extensa de su obra y que ocupa la mitad de este libro (XXIII, 6).

<sup>33</sup> Por ejemplo tormentas y el arco iris antes de un ataque de Constancio (XX, 11, 25-26) o de la derrota de Valentiniano (XXX,5,16), sueños premonitorios del futuro (XXV, 10, 16-17); apariciones nocturnas que presagian la muerte (XXI, 14, 1-2; XXX, 5, 22), cadáveres que presagian también la muerte (XXI,15,2)... Sobre este recurso, *vid.* R. C. BLOKLEY, *op. cit.*, p. 174.

<sup>34</sup> Así, al describir la crueldad de Valentiniano, nos dice: *Llegó hasta tal punto que, cuando se enardecía por la ira, con frecuencia le cambiaban la voz, la expresión del rostro, la forma de moverse o el color. Hay numerosos ejemplos, verídicos todos, de este hecho, aunque bastará mencionar unos pocos* y, a continuación ofrece una serie de 8 ejemplos de esta crueldad, como ejecutar a un joven esclavo porque se le hubiera escapado un perro (*Historia* XXIX, 3, 2-9, pp. 777-79).

<sup>35</sup> Sabemos que, desde Homero, los autores habían utilizado las comparaciones y metáforas con animales en un intento de dar mayor fuerza y viveza al relato (*Cfr.* MAC MULLEN, R.: “Some pictures in Ammianus Marcellinus”, *Art Bulletin* 46, v4, pp. 442-443). Por eso los animales que aparecen, con mayor frecuencia, son fieras o animales que despertaban la sensibilidad del público, como leones, serpientes o dragones. Por ejemplo, en Amiano, podemos mencionar pasajes como el de XVI, 5, 17 en el que se compara a los bárbaros con bestias que viven de rapiña; o el pasaje de XIX, 3, 3 donde se nos dice que Sabiniano se comportaba *como cuando un león, temible por el tamaño de su cuerpo y por su ferocidad, no se atreve a salvar del peligro a sus cachorros encerrados en una red, porque le han quitado las garras y los dientes* (p. 337).

<sup>36</sup> Muchos de estos sustantivos, sobre todos los terminados en *-tas* fueron imponiéndose en época tardía y, seguramente, Cicerón se habría escandalizado al escuchar en una obra histórica términos como *laxitas, opinitas, proceritas, densitas, siccitas, vilitas*...

Esto hace que la estructura de la frase sea algo inusual y retorcida, hecho que lleva a un autor como Gimzane a calificar el estilo de Amiano *como un verdadero monstruo*<sup>37</sup>. Pero es que, en su obra, al igual que en su época, destacaba lo inusual, lo deshumanizado, lo mágico, lo mímico, lo sensual, es decir, todo aquello que pudiera hacer olvidar la dura realidad que les rodeaba.

Podemos cansarnos de su juego de simetría y armonía, que, en realidad, termina produciendo una sensación de “pasión y desorden”<sup>38</sup>. Su estilo puede parecernos “inflado”, sus párrafos excesivamente largos, pero lo cierto es que esos párrafos, mantenían la atención del público. Por eso aparecen también recursos como cartas y diálogos melodramáticos. Además, también asistimos como espectadores a discursos pronunciados por distintos personajes.

## 2.1. LOS DISCURSOS EN LAS *RES GESTAE*

Entre todos los recursos que hemos apuntado como propios del estilo de Amiano, hemos querido detenernos en los discursos, porque, en nuestra opinión, los discursos que aparecen en su obra reflejan muy bien el carácter de nuestro historiador, ya que, como él, forman parte del género historiográfico desde su origen, es decir, son propios de la historiografía “más clásica”, pero estos discursos fueron evolucionando y manifestando una clara influencia de la retórica y de su preocupación formal.

Desde luego, si la literatura romana contó entre otras fuentes importantes con los discursos de alabanza a los antepasados, es normal que sigan apareciendo discursos en géneros como la épica o la historiografía. Además, los discursos habían desempeñado ya un importante papel en la épica y, como indica Grant, serían uno de los recursos que los historiadores tomaron de Homero, y servirían para reflejar la personalidad del orador, para descubrirnos sus intenciones, sus reacciones, etc.<sup>39</sup>. También R. Mellor subraya la importancia de Homero como la fuente en la que se basaron Heródoto y todos los historiadores griegos y latinos posteriores para la utilización de discursos en su obra: *In the Homeric tradition, Herodotus invented speeches for his characters –wholesale fabrications in which he was followed by virtually every subsequent Greek and Roman historian*<sup>40</sup>.

¿Por qué utilizaban discursos los historiadores? Lo cierto es que, cuando intentamos buscar las causas para la aparición de estos discursos en la obra de historiadores romanos, nos parece significativo que se destaquen siempre los mismos factores. Por ejemplo, acerca de Sisenna, historiador romano del siglo I a.C., afirma R. Mellor: *He was an accomplished rhetorician, who included speeches and dramatic elements like prodigies and dreams*<sup>41</sup>. Parece que está hablando de Amiano Marcelino: perfecto conocedor de la retórica, y experto en la utilización de recursos como elementos dramáticos, discursos, prodigios y sueños.

Así pues, llegamos a la conclusión de que los discursos son uno más dentro de la serie de recursos retóricos utilizados por los historiadores. Esto nos lleva a pensar que eran

<sup>37</sup> GIMZANE, P.: *Ammien Marcellin, sa vie et son oeuvre*, Toulouse, 1889, p. 37.

<sup>38</sup> Ésta es la impresión de G. SABBAAH, *op. cit.*, p. 593.

<sup>39</sup> GRANT, M., *op. cit.*, pp. 25 y 45.

<sup>40</sup> MELLOR, R., *The Roman historians*, Londres, 1999, pp. 6-7. R. Mellor en estas páginas plantea además que no había tanta diferencia entre un historiador “más ameno” como Heródoto y otro más “moralista y científico” como Tucídides. Y una de las pruebas que ofrece para esta conclusión es que, tanto Heródoto como Tucídides, inventaban los discursos que les parecían apropiados y reconstruían escenas históricas dramáticas semejantes a las tragedias que tanto éxito tenían en la Atenas de su época. En cuanto a la influencia de Homero y sus discursos, pensamos que ésta se dio sobre todo en un principio, disminuyendo progresivamente a medida que se desarrollaba el género.

<sup>41</sup> *Op. cit.*, Londres, 1999, p. 24.

inventados y que no recogían exactamente las palabras pronunciadas por el orador de que se trataba.

Ciertamente, se ha debatido siempre acerca de la realidad o no de los discursos que encontramos en la historiografía clásica, pues, como indica Grant, no pueden ser reales, ya que no había nadie tomando nota de lo que se decía; además porque el lenguaje que encontramos en ellos suele ser el del historiador que los utiliza en su obra, y porque hubiera sido muy difícil dirigirse a un ejército en pleno, tal como se nos describe en los discursos de la historiografía<sup>42</sup>.

Desde luego, tuvieron siempre importancia en sus obras, hasta tal punto que en Tucídides constituían el 24 por ciento de su contenido y, en cuanto a la historiografía latina, cobran importancia en aquellas obras en las que el autor intenta convencer de su veracidad y de la utilización de fuentes, como en el caso de Livio, un maestro en la inserción de estos discursos<sup>43</sup>, o bien cuando intenta demostrar que ha vivido de cerca los hechos que narra, y dramatizar determinadas situaciones, como es el caso de las monografías de César, en las que el número de discursos va aumentando progresivamente, o la obra de Salustio<sup>44</sup>.

Incluso acerca de Salustio y su *Conjuración de Catilina* se apuntan conclusiones que, como veremos a continuación, nos sirven también para Amiano: que los discursos constituyen momentos clave de la obra, que no son reales aunque sí adaptados en la medida de lo posible al orador y que, como en el caso del último discurso de Catilina antes de la batalla final, tienen finalidad dramática<sup>45</sup>.

En el caso de Tácito, este autor manifiesta igualmente una gran maestría retórica en la composición de discursos. Además es representativo su estudio, ya que el discurso que ofrece de Claudio en el senado al recibir a unos nobles galos está conservado también, de manera que nos permite la comparación. Y el resultado de este estudio es el mismo que obtenemos al analizar los discursos de los demás historiadores: mantienen los argumentos esenciales del personaje que habla, pero reelaboran el discurso y lo adaptan a su obra<sup>46</sup>.

Centrándonos ya en Amiano Marcelino y en su *Historia*, los discursos no son demasiado abundantes<sup>47</sup>, pero sí aparecen en momentos propicios, ya que, al igual que las digresiones o los retratos y descripciones más extensos, hacen que disminuya la tensión del relato, ambientan una escena y contribuyen a ese afán de nuestro autor por parecer un historiador objetivo que ha vivido de cerca, o que ha escuchado contar los hechos que él narra.

En las *Res gestae*, estos discursos ilustran muy bien la personalidad del orador, hecho importante para Amiano, ya que son pronunciados generalmente por emperadores, y sabemos

<sup>42</sup> GRANT, M., *op. cit.*, pp. 44-45. No en vano, Tucídides afirmó que los discursos debían ser, no completamente ciertos, sino verosímiles y apropiados a las circunstancias (1, 22).

<sup>43</sup> Como indica R. MELLOR, Livio era a *masterful writer of speeches for his characters, placing them at strategic points in his narrative*. *Op. cit.*, p. 60. Incluso, como afirma Mellor, Livio reescribió discursos que ya estaban publicados como los de Catón, los utilizó para retratar a los personajes, para dar color y alcanzaron tal fama que fueron elogiados por Quintiliano (*Inst.* 10, 1, 101) e incluso fueron publicados luego por separado para que fueran estudiados en las escuelas.

<sup>44</sup> Ahora bien, tampoco en este punto se ponen de acuerdo los autores, ya que, en el caso concreto de Salustio, mientras que para André y Hus, los discursos permiten caracterizar a los protagonistas de sus obras, y destacan por su veracidad psicológica, mostrando bien el sistema político y preparando de forma natural el desarrollo de los acontecimientos, en cambio, para Grant, algunos de los discursos de Salustio no están bien bien incardinados en la escena y son irreales. ANDRÉ, J. M. y HUS, A., *op. cit.*, p. 68; GRANT, M., *op. cit.*, p. 48.

<sup>45</sup> MELLOR, R., *op. cit.*, pp. 37, 45.

<sup>46</sup> *Cfr.* MELLOR, R., *ibidem*, pp. 90-92. Y es que, como concluye este autor acerca de los discursos de Tácito, *His rhetorical training informs every page of his histories, but it is most obvious in his reliance on speeches to shape the historical narrative. Even Rome's enemies are granted an opportunity to speak more effectively than they ever actually did on the battlefields of Britain or Germany*. *Ibidem*, p. 105.

<sup>47</sup> De hecho, son menos numerosos que los que aparecen por ejemplo en César o en Tito Livio.

que nuestro historiador, al igual que todos los historiadores clásicos, escribe una obra basada en personajes y, en concreto, en los personajes que ostentan el poder político y militar. Además, estos discursos en las *Res gestae* están pronunciados por los emperadores que tienen mayor protagonismo y que gozaban de la reputación de saber hablar<sup>48</sup>.

A la hora de clasificar estos discursos podríamos agruparlos en función del orador, pero hemos preferido atenernos al tema y, más concretamente, a una distribución genérica en función de los tres tipos establecidos por Aristóteles: deliberativo, epidíctico y judicial, según se pronuncien ante asambleas políticas, en ceremonias públicas o en tribunales de justicia<sup>49</sup>.

Como vemos, en esta división, los tipos deliberativo y judicial parecen más definidos en función del auditorio y de su finalidad, ya que los discursos deliberativos se pronunciarían ante asambleas y tendrían como finalidad convencer o disuadir a los oyentes, mientras que los judiciales se centran en la condena o defensa de un acusado y su receptor fundamental es la persona o personas que deben juzgar.

En cuanto al género epidíctico, sus límites son más difusos y si, en principio, son discursos pronunciados en ceremonias y actos públicos con la finalidad de alabar o criticar a alguien, lo cierto es que esta categoría terminó convirtiéndose en un “cajón de sastre” donde se incluyeron epitafios, discursos de tema religioso, himnos, encomios, discursos con ocasión de nombramientos o ceses, bodas, consolaciones, despedidas, etcétera.

Lógicamente, hay discursos en los que es difícil decidir si pertenecen a un género o a otro. Y así, por ejemplo, las palabras pronunciadas por un general ante sus tropas antes de una batalla parecen propias tanto del género deliberativo como, en ocasiones, del epidíctico. En este caso, creemos que si el discurso se pronuncia justo antes de comenzar la lucha, y tiene la finalidad concreta de arengar y enardecer a los soldados, se trataría más bien de un discurso epidíctico, mientras que si el emperador o general reúne al ejército y les habla para convencerles de que se acepte o no un tratado de paz, o para recordarles los motivos de lucha y las glorias del pasado, estaríamos más bien ante un discurso deliberativo.

En concreto, en la *Historia* de Amiano Marcelino, encontramos los siguientes discursos:

– **Deliberativos:**

XIV, 10, 10-16: Constancio habla al ejército a favor de conceder la paz a los alemanes en vez de luchar.

XVI, 12, 9-12: Juliano a sus soldados el día antes de combatir.

XX, 5, 3-7: Juliano ante sus tropas el día antes de ser investido Augusto.

XXI, 5, 2-8: Juliano a sus soldados para pedirles ayuda en su lucha contra Constancio.

XXIII, 5, 16-23: Juliano arenga a sus tropas antes de la campaña persa<sup>50</sup>.

XXIV, 3, 4-7: Juliano tranquiliza a sus tropas acerca de su salario.

– **Epidíctico:**

XV, 8, 5-8 y 10: Constancio ante los soldados al proclamar a Juliano César.

XV, 8, 12-14: En esa misma ocasión, Constancio se dirige a Juliano.

<sup>48</sup> Cfr. GALLETTIER, E., FONTAINE, J., en su edición y traducción francesa de la obra. París, 1968, p. 33.

<sup>49</sup> *Rhetorica* I, 3.

<sup>50</sup> En este caso, como indica J. Matthews, el discurso pronunciado por Juliano ante sus tropas en el inicio de la campaña persa se pronunció realmente. Sin embargo, basándose en las etapas de su marcha y en su propia narración demuestra que Amiano desplazó el discurso de Juliano y que lo hizo, no por error, sino conscientemente, ya que así le convenía a la estructura de la obra, pues de este modo aparecía el discurso tras los presagios narrados en XXIII, 4, 8-14. Por eso afirma J. Matthews que este discurso *can be proved to be essentially his own invention*. *Op. cit.*, Londres, 1989, pp. 130-132 y 178.

XVII, 13, 26-33: Constancio ante su ejército tras su victoria sobre los limigantes.

XXI, 13, 10-15: Constancio habla a sus soldados antes de luchar contra Juliano.

XXV, 3, 15-20: Juliano moribundo habla a los que le rodean<sup>51</sup>.

XXVI, 2, 6-10: Valentiniano ante las tropas al ser elegido emperador.

XXVII, 6, 6-9: Valentiniano habla a sus tropas al nombrar Augusto a su hijo Graciano.

XXVII, 6, 12-13: Valentiniano se dirige a su hijo en esta misma ocasión.

Como vemos, no hay ningún discurso judicial, ya que, al ser todos pronunciados por emperadores se centran en las palabras que pronunciaron éstos ante las tropas.

Otro rasgo destacable es que, mientras Constancio y Juliano pronuncian discursos deliberativos ante el ejército, exponiendo las causas de la guerra, las glorias del pasado romano y la necesidad actual de pactar o de luchar y vencer; o bien pronuncian discursos epidícticos con motivo de nombramientos, el emperador Valentiniano pronuncia tan sólo discursos epidícticos en su propio nombramiento y en el de su hijo, lo cual refleja y “retrata” bastante bien la personalidad tan poco gloriosa de este emperador.

Además de estos discursos pronunciados por emperadores, encontramos también parlamentos de otros personajes:

XVIII, 8, 6: Breves disculpas del traidor Antonino ante Ursicino.

XIX, 10, 3: Melodramáticas y breves palabras de Tértulo ante la plebe, ofreciéndoles a sus hijos.

XX, 2, 4: Ursicino se defiende en un juicio.

XX, 4, 16: Juliano tranquiliza a las legiones galas.

XXVI, 7, 16: Procopio se gana a los soldados bárbaros.

XXIX, 1, 29-32: Hilario en un juicio<sup>52</sup>.

Como vemos, estos parlamentos son más breves y se atienen a la finalidad concreta que los motiva, sin tanto artificio ni recursos como los pronunciados por los emperadores.

En cambio, los discursos sí presentan semejanzas en cuanto giros y recursos<sup>53</sup>. De hecho, se sigue el proceso habitual y Amiano nos describe cómo se convoca a los presentes, dónde se sitúa el orador, sus gestos y el tono empleado, la actitud de los que le rodean y, por supuesto, al terminar el discurso, se recoge la respuesta de los que lo han escuchado.

Son, realmente, expresivos y sirven perfectamente a la intención literaria de Amiano ya que retratan a los personajes que hablan, dan fuerza y variedad al relato y contribuyen a esa sensación de veracidad y objetividad que Amiano pretende insuflar a su obra. Como indica J. Mellor<sup>54</sup>, en la actualidad, los historiadores ofrecen en primera persona juicios acerca de lo ocurrido, pero en la antigüedad, los historiadores preferían ofrecer un discurso puesto en boca

<sup>51</sup> Si en el discurso anterior, J. Matthews piensa que es alterado conscientemente por Amiano, en este caso J. Fontaine, en su edición, concluye que recoge literalmente las palabras del emperador. Por su parte, J. Matthews plantea que son sospechosos los tópicos filosóficos que aparecen en el discurso, y que tanto Juliano como Amiano podrían ser perfectamente los autores de estas palabras. *Ibid.*, p. 181, nota 2.

<sup>52</sup> También en este caso se plantea J. Matthews la literalidad o no de estas palabras y, siguiendo a Sabbah, plantea que la utilización del término *fides* que aparece en las palabras de Hilario se da en la *Historia* cuando Amiano “cree” en una fuente, fuente de la que habría tomado nuestro autor este discurso de defensa. *Op. cit.*, p. 513, n.º 34.

<sup>53</sup> BLOCKLEY, R. C., “Tacitean...”, p. 73.

<sup>54</sup> *Op. cit.*, pp. 188-189. Tal vez por eso, aparecen menos discursos en los libros XXVI a XXXI, porque, por una parte, en estos libros la objetividad de Amiano queda más en entredicho al tratar sobre hechos contemporáneos y porque, por otra parte, los emperadores protagonistas de estos libros le interesan menos que Constancio o Juliano.

de un personaje, pues esas palabras se llenaban entonces del dramatismo y de la fuerza retórica que caracterizaba al género literario de la historiografía clásica.

Desde luego, los discursos de la *Historia* no son reales, pero sí son verosímiles, tal como exigían las normas retóricas<sup>55</sup>. Ahora bien, como indica R. Mellor, no debe decepcionarnos el hecho de que Amiano fuera el autor de tales discursos<sup>56</sup>. Lo mismo habían hecho los historiadores anteriores. Además Amiano no abusa de ellos, incluso son pocos, siendo Amiano como es un historiador retórico, colorista y dramático. Por otra parte, están bien adaptados al orador, a la situación y al propio relato, ya que, en los discursos se ofrecen datos o “pistas” repetidas también en otros pasajes de la obra. Es el caso del discurso de Constancio en el que intenta convencer a los soldados de que hay que responder afirmativamente a la petición de paz de los alemanes, un discurso verosímil, ya que responde a cómo Amiano presenta a este emperador.

De hecho, el carácter reflexivo de Constancio es uno de los rasgos que destaca Amiano en el retrato que nos ofrece de este emperador. Así, aparece como reflexivo y concienzudo a la hora de los nombramientos (XXI, 6, 2-3), de los placeres de la mesa y de la noche (XXI, 16, 5-6). Sin embargo, castigaba cruelmente a los que osaran conspirar contra él y, sobre todo, *resultó siempre maltrecho y derrotado en las guerras externas, pero se hinchó enormemente por sus triunfos en las guerras civiles y se cubrió con la sangre maldita derramada por las heridas internas de la nación*<sup>57</sup>.

Este mismo hecho es destacado por Amiano antes de narrar la “gloriosa” entrada triunfal de Constancio en Roma:

*Constancio, como si estuviera ya cerrado el templo de Jano y hubiese sometido a todos los enemigos, desde la muerte de Magnencio, deseaba ardientemente visitar Roma para celebrar allí un triunfo sobre sangre romana y sin ningún título. Nunca venció por sí mismo a ningún pueblo enfrentado a nosotros en la guerra, ni conoció a pueblo alguno derrotado por el valor de sus generales, ni consiguió ningún territorio para el imperio, ni se le vio jamás el primero o entre los primeros en circunstancias extremas*<sup>58</sup>.

Pues bien, curiosamente, cuando termina el discurso mencionado, Amiano nos dice que los soldados aprobaron la resolución de Constancio, no tanto porque les hubiera convencido, sino porque sabían que el emperador había resultado siempre derrotado en las luchas contra pueblos extranjeros:

*Apenas había dejado de hablar, toda la asamblea, de acuerdo con la voluntad del emperador, alabó su determinación y aprobó el tratado de paz, movidos por una decisión fundamental. Y es que, tras numerosas campañas, sabían que podían contar con la fortuna del emperador si se trataba de guerras civiles pero, en cambio, cuando se trataba de batallas contra pueblos extranjeros, con frecuencia, el resultado era dramático*<sup>59</sup>.

Por supuesto, el emperador que más discursos pronuncia es Juliano, el héroe de nuestro historiador y, de hecho, le escuchamos en todos los momentos fundamentales de su actuación en la *Historia*: antes de combatir como César, tranquilizando a los soldados, al ser nombrado Augusto, al enfrentarse contra Constancio, antes de la fatídica campaña persa y al morir. En

<sup>55</sup> Ya Tucídides había afirmado que o bien recogería en su obra lo que realmente se dijo, o bien sería escrupuloso a la hora de confeccionar un discurso para acercarse lo más posible a la realidad (I, 22, 1).

<sup>56</sup> MELLOR, R., *op. cit.*, p. 128; R. C. BLOCKLEY, “Tacitean influence...”, p. 73.

<sup>57</sup> XXI, 16, 15, p. 448 en nuestra edición.

<sup>58</sup> XVI, 10, 1-2, p. 221.

<sup>59</sup> XIV, 10, 16, p. 144.

todos estos discursos Juliano aparece como un hombre activo, inteligente, humilde y siempre mucho más preocupado por Roma que por sí mismo, aunque por las cartas y discursos suyos conservados, sabemos que Amiano Marcelino ocultó las aspiraciones personales y las ambiciones de Juliano<sup>60</sup>.

En conclusión, si la retórica desempeñaba un papel fundamental en Grecia y Roma a la hora de escribir, es normal que los discursos, con todas las posibilidades literarias que ofrecen, fueran utilizados por unos historiadores que intentaban contar lo ocurrido, pero también divertir y entretener al público con una obra literaria. Un discurso permitía al historiador retratar al personaje que lo pronunciaba, cambiar el ritmo de la narración, introducir tópicos y figuras propias de la persuasión evocando el pasado, inflamando o calmando sentimientos de los oyentes. No olvidemos que suelen pronunciarse en momentos clave (antes de una batalla, en el lecho de muerte, en un juicio, en el nombramiento de un emperador), de manera que el historiador debe concentrar en ellos todo su genio literario. Esto es lo que hace Amiano Marcelino, el último gran representante de la historiografía latina, un historiador que supo recuperar en su obra y en su estilo el tono, el objetivo y la calidad de los grandes historiadores del pasado, pero enriqueciendo también toda esa tradición con el colorido y el retoricismo propio de la literatura de su época.

<sup>60</sup> BARNES, T. D.: *Ammianus Marcellinus and the representation of historical reality*, Universidad de Cornell, 1998, pp. 153-154.